

CORREO CONCERTADO

CORREO CONCERTADO

El Castellano

CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción y venta.

Toledo: D. Elias Galán, Comercio, 62
Madrid: Kisco de El Dreber, frente a las Calatravas.

Anuncios económicos.

Se publica martes y sábados.

Redacción y Administración: Lechuga, 13.—Teléfono 12

Precio de suscripción.

Un año..... 6,00 pesetas
Número suelto..... 0,05
Pago adelantado.

Dos discursos.

El Conde de Romanones es hombre práctico; si se toca cazar a su lado, se apuntará las perdices que matéis y caigan junto a él. Inútil que protestéis; sus secretarios las han recogido ya como suyas. Dispara entusiasmo, sin cuidar gran cosa de los que estáis cerca de su puesto, y no sirve de nada vocearle, como si no; pero disparar hacia su lado un par de veces, que sienta de cerca los plomos, y ya podéis estar tranquilos.

En política, que es una caza en que se apunta al bien de la Patria, se dispara al presupuesto y se hiere al contribuyente, hace lo mismo.

En su último discurso se apuntó lo poco bueno que han hecho en tres años de poder, y disparó contra Montero Ríos para restar simpatías a García Prieto.

No creo capaz al Patriarca del Senado de no volver el saludo a su colega del Congreso, tienen los puestos demasiado cerca para que los perdigos no lleguen con alguna fuerza, y a pesar del ruido de esos ojeadores ferroviarios que, huelga en mano, dan palos en el maternal del capitalismo, no es fácil que levanten la banca judía a la altura suficiente para que se vea claro quién de los dos se queda con la pieza.

Mientras tanto, el Fiscal del Supremo nos habla de aumento en la criminalidad y sus causas, entre las que menciona, con gran acierto, la inmoralidad.

Claro está que la inmoralidad política y el caciquismo son causas principálsimas de innumerables crímenes; pero esa clasificación no es propia de un acto oficial, y no puede figurar más que en conversaciones privadas; en público convenimos todos en que todo lo político es correcto y empleamos los dos términos indistintamente. Hasta que esa turba de analfabetos, obreros hambrientos, pongan fin indistintamente también a esta cacería de gangas en que los que ocupan buenos puestos cogen siempre la perdiz y los demás cargamos con el mochuelo.

MADRID

CONVERSACIONES

—Aunque con retraso, se cumple lo que le anuncié hace meses, apenas cerradas las Cortes....

—Sí, recuerdo que por entonces charlamos una tarde y que me hablé usted de la huelga ferroviaria.

—Y puedo decirle que es un hecho.

—Un hecho, no, una amenaza, pero con caracteres menos graves y con desenvolvimientos menos peligrosos, por fortuna, de los que usted y otros le atribulan.

—No adelante usted los acontecimientos.

—¡Si están a la vista! Caso de no evitarse, la huelga será parcial, y aunque no será bojo el desavío que traiga para el comercio, ni de poca monta el perjuicio que ocasione a la Compañía el problema, así simplifica mucho; de que se retrasen los servicios a que quedan absoluta y total-

mente interrumpidos, hay un mundo de distancia. Además, lo importante es que la preparen y realicen sólo ferroviarios, sin que se acuse la intervención o la complicidad de la izquierda revolucionaria. Ya ve usted, los del Comité Nacional son contrarios a la huelga.

—Así es, pero no porque no la estimen razonable, sino porque aún no han perfeccionado la organización que trae entre manos para que el golpe resulte más eficaz. Eso es lo que ha venido a decir en plata el compañero Barrio.

Por lo demás, sigo creyendo que se persigue un efecto político antes que una finalidad económica; porque siendo como notoriamente es benévola la actitud de la Compañía para con las reclamaciones de los ferroviarios, habiendo concedido ya algunas, y no rechazado, sino demorado por el tiempo preciosas las otras, ¿por qué esos apresuramientos? Tanto tiempo así, y de golpe, cuando sin violencia podrían triunfar, apelar a ella es, cuando menos, un indicio vehemente de que los directores de los obreros están estimulados por gente que persiguen un interés extraño a la clase.

—Pero si todo indica que van a fracasar ruidosamente.

—Esa es la esperanza de usted, pero la de ellos es precisamente la opuesta.

—¿La opuesta? —Claro; como que ellos esperan que iniciada la huelga de la red catalana, el conflicto se extienda a las otras redes; cualquier circunstancia imprevista puede provocar un movimiento de solidaridad y entonces sí que revestiría el problema caracteres gravísimos.

—Esa contingencia la tendrá descontada el Gobierno.

—Posiblemente, pero no hay que fiarse; no olvide usted que han coincidido dos momentos: el del optimismo ministerial y el anuncio de la huelga. La primera dolorosa sorpresa es evidente; queremos creer que no pasará el país por la segunda. Cuando se anuncia con anticipación una tempestad y se señala casi matemáticamente el camino de la nube, no tendrían excusa los que sufriesen los efectos de ella a la intemperie, y tras de la mojadura, por excesivamente confiados ó por torpes, el enojo de la opinión les eliminaría del Poder.

Por la copia.
Miguel Peñalor.

La Aliseda

En Santa Elena (provincia de Jaén)

Agua: aonadas las más ricas de España y Estación climatológica de montaña.

Curación radical de los esteros de las vías respiratorias y de los predispuestos a la tuberculosis pulmonar, según lo acredita la diaria observación en numerosos enfermos. Asimismo se curará rápidamente las afecciones y todos los estados de debilidad y decadencia orgánica. Instalación hidrológica modelo. Inmejorable servicio de fonda.

Temporada de otoño la más recomendada, de 1.º de Septiembre a 15 de Noviembre.

Coches fijos a la llegada de los trenes mixtos en la Estación de Santa Elena, y previo aviso coches a la llegada del expreso de día de Sevilla a Madrid, lunes, miércoles y viernes, y de Madrid a Sevilla, martes, jueves y sábados, así como a los demás trenes. Todos tienen de parada cinco minutos en Santa Elena.

Un libro de Gómez Carrillo

criticado por «López Mejilla».

Las «falidas» de Ruth.

Como observador de costumbres locales, el Sr. Carrillo no tiene precio.

«Las amplias tónicas de color claro, así llamadas «mitipahah» envuelven los cuerpos de las mujeres sin deformarlos. Ruth estaba vestido así cuando el viejo Boz la hizo levantar las falidas con pretexto de darle seis medidas de cebada» (pág. 70).

¡Admirable, señor mío, admirable! Sólo que en tiempo de Ruth no se usaban «falidas».

Ni la tónica de las mujeres, entonces ni ahora, se llamaba mitipahah, sino Otonoth.

El mitipahah es cosa muy distinta; es lo que la Vulgata traduce por pallium y en castellano traducimos por manto.

Y en este manto, que se llevaba sobre la tónica, fué donde Ruth recogió las seis medidas de cebada.

Con que, manto, amigo mío, manto; nada de falidas.

Decir otra cosa es calumniar a Bos y Ruth, aquellos buenos abuelos de David, y acodientes también de Nuestro Señor, y poner una mancha de «scalipsis» en un idilio que fué todo candor y honestidad.

Livias de panes.

Leo en la página 92 que Jesús alimentó a los que le seguían «con cinco panes cocidos del cielo».

Perdón, hermano; quien ha caído es usted; pero no del cielo, sino... del lado.

Los cinco panes los tenía uno de los oyentes de Jesús, y el milagro consistió en multiplicar aquellos panes de manera que quedaran saciadas las cinco mil personas que seguían al divino Maestro.

Una lluvia de panes hubiera sido cosa demasiado recia.

Convergamos, pues, en que no hubo tal lluvia.

Y convergamos también, para mayor evidencia del prodigio, que, saciadas las cinco mil personas, sobraron todavía muchos sogueros....

¿Jesucristo anticlerical?

Una adivinanza: ¿puede Canalejas ser anticlericalista? ¿Puede Maura ser antimaurista?

Respuesta: si no es por uno de esos apasionamientos que, en instantes dados, ponen al hombre en discordia consigo mismo, es decir, con sus ideas, con su programa, con su pasado, Canalejas no será nunca anticlericalista, ni Maura antimaurista.

¿Pudo Jesús ser anticlericalista? Respondo: como en Jesucristo no cabía error ni apasionamiento, nunca pudo estar en oposición consigo mismo. Jesucristo no pudo ser anticlericalista.

Decir lo contrario es ignorar el sentido de las palabras ó jugar de la paradoja.

Algo de esto le pasa al Sr. Carrillo cuando escribe: «El Jesús de la Montaña, el Jesús de las Bienaventuranzas, el Jesús de los pescadores y de las mujeres, el buen Jesús que recorre en su burro los campos galileos....»

Alto ahí. Ese «burro»—con perla de

los lectores—si lo introduce usted como elemento decorativo de su libro, está muy en su lugar. ¡Paso al burro! Pero si pretende elevarlo a la categoría de detalle histórico, protesto enérgicamente contra ese burro de matate, contra ese burro apócrifo. El Divino Maestro sólo una vez se permitió tales lujos. Y aun entonces su modesta cavalgadura no le pertenecía....

«...el buen Jesús que recorre en su burro los campos galileos, predicando la santidad de la pobreza y de la sencillez de corazón, el Jesús que, hablando con la Samaritana, condena de antemano el clericalismo, el Jesús de lenguos rizados suaves y de lenguos discurros dulces, es el Jesús que transforma los mundos y que reina en las almas por los siglos de los siglos.»

Tenemos ahí una serie de incisos y una oración principal, que es ésta: «ese es el Jesús que transforma los mundos y reina en las almas.»

Los incisos que gramaticalmente dependen de una oración, pero sin conexión lógica con ella, se llaman.... «embudidos». Ahora bien: ¿podríamos saber qué conexión lógica tiene la transformación del mundo y el reinado de Jesús en las almas, con el burro, con el anticlericalismo y con los lenguos rizados suaves?

¿No comprende el Sr. Carrillo que con igual derecho hubiera podido endilgarlos, en forma de incisos, toda la vida, pasión y muerte de Nuestro Señor? ¿No ve que con igual razón podía haber continuado así: «El Jesús de los lenguos rizados suaves», «de los lenguos discursos dulces», de la lengua tónica flotante, de las dulces palabras «místicas», de los soñadores ojos «luminosos», de las encantadoras parábolas «idílicas».... ese es el que transforma los mundos?

Está visto que estos literatos modernistas odian todavía más las tiranías de la lógica que los preceptos de la gramática.

Pero vengamos al anticlericalismo. Y comencemos notando que las palabras clericalismo y anticlericalismo no están admitidas en el Diccionario de la Real Academia ni sea castellanas. Son de allende los Pirineos y fueron importadas acá como etiqueta decente de una mercancía averiada.

Aquí, hasta hace unos años, todos éramos católicos ó no católicos. Esta nomenclatura era tan precisa como clara. Demasiado clara quizás. Porque, si no había más que católicos y no católicos, y los católicos somos en España inmensísima mayoría, ¿cómo podía prosperar un partido anticatólico?

Y hé aquí que algunos políticos, ganosos de singularizarse y de subir, pidieron prestados a Gambetta esos dos nombres de clericalismo y anticlericalismo, y de la noche a la mañana los convirtieron en lema de un partido que, para fomentar la riqueza nacional y propulsar la cultura Patria, no ha discurrido cosa más conducente que perseguir a la Iglesia y excitar odios sectarios.

Nosotros, dijeron, somos católicos, excepto los católicos: nos casamos ante el Sacerdote, hacemos bautizar nuestros hijos, oímos Misa alguna vez, acaso nos confesemos a la hora de la muerte, y dejaremos dispuesto que, al enterrarnos, no falte la cruz. Lo que no queremos es el predominio del clero, la intranquilidad de la Iglesia, la influencia de las Órdenes Religiosas.

En suma: dieron con el medio de llamar a católicos y ser anticlericales.

Esta distinción entre católicos y clericales ha encantado al Sr. Carrillo que, andaz como los grandes innovadores, concibió el radical propósito de hacer aplicación de ella en la persona misma de Jesús.

¿Qué sorpresa para mí! Yo que había creído siempre que la Iglesia era sociedad perfecta, soberana é independiente, con amplio poder legislativo, judicial y doctrinal en el vastísimo campo del dogma, de la moral, del culto y de la disciplina, no séigo de mí asombro al enterarme de que Jesucristo «condenó de antemano» todas estas cosas, comprendiéndolas bajo el nombre genérico de clericalismo.

Si, el hecho debe de ser indubitable. Fué precisamente hablando con la Samaritana cuando Jesucristo lanzó contra el clericalismo sus anatemas. Lo afirma el señor Carrillo.

Pudírase creer que aquella ocasión no era muy oportuna; que la Samaritana no debía de entender gran cosa de zarandajas anticlericales, y que era absurdo que Jesucristo condenase vicios de una sociedad que todavía no había fundado; pero con todo, no es lícito dudar del hecho. Magister dixit. Lo ha dicho Carrillo.

¿Pruebas? El Sr. Carrillo, tan parco en demostrar como ligero para afirmar, ha creído prudente omitirlas. Hay sabios verdaderamente heréticos. Así les aspen, no dejan escapar una razón. Como al gitano del cuento, podremos decirles cuando se mueran: «Adiós, sacó de razones». ¡Como no han dicho ninguna, se las llevan todas al sepulcro!

Yo he leído el coloquio de Jesús con la Samaritana, he meditado sus palabras, he analizado todos sus pensamientos, siempre en pos de las huellas de los divinos anatemas contra el clericalismo, y ¿sabéis de me han llevado más pesquisas?

Pues á comprobar dos cosas: que en todo el coloquio no hay rastro, ni reliquia, ni huella, ni atisbo de condenaciones clericales, y que todo lo que Jesucristo enseñó, hablando con la Samaritana, la Iglesia católica lo enseñó, lo admite, lo practica.

¿Y cómo no, si la Iglesia es la continuadora de la obra de Jesús, la encargada de difundir su doctrina y de mantener viva en la tierra el espíritu que Él trajo del cielo?

Lo que pasa es que la Iglesia, por medio del Clero, enseña dogmas difíciles de creer, manda algunas cosas no fáciles de cumplir, reclama derechos que, so pena de traicionar su misión, no puede abandonar y combate el error donde quiere que la sale al encuentro; y, como quiera que, en el cumplimiento de esta misión altísima, tiene que chocar con prejuicios, con pasiones, con «intereses creados», no es extraño que en torno suyo giren airadamente los ignorantes, los apasionados, los envidiosos y los que, pescadores en río revuelto, viven de explotar las pasiones de las masas inconsistentes.

¡Pardiez! Que anticlericalismo tal, no merecía que Jesucristo muriese en la Cruz por dar testimonio de él.

Doctrinas tan... sublimes no valía siquiera el vaso de cicuta que Sócrates bebió por haber defendido no sé qué opiniones filosóficas.

Será el anticlericalismo todo lo santo que el Sr. Carrillo quiera; serán los anticlericales unos buenos plávidos señores; pero cuando oigo hablar de anticlericalismo y anticlericales, entre superlativos y esca. mado, digo para mí adentro como los gitanos cuando oyen hablar de serpientes: —¡Lagarto, lagarto...!